



HOJA  Año I N.º 17
24 de Abril de 1927

PARROQUIAL

DE
Santa María la Real de la Corte de Oviedo

EN LA PARROQUIA SE REPARTIRA A TODOS

:- FUERA DE ELLA A LOS QUE CONTRIBUYAN CON SUS LIMOSNAS :-

LA VOZ DE DIOS

En aquel tiempo: Como fuese ya muy tarde en aquel día después del sábado y estuviesen cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Alegráronse grandemente los discípulos de ver al Señor. Volvió, pues, éste a decirles: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió a mí así os envió a vosotros. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; aquellos cuyos pecados perdonareis, perdonados quedarán: y aquéllos a quienes se los retuvieris, retenidos quedarán. Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les respondió: Si no veo en sus manos las señales de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que hicieron en ellas, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré en modo alguno. Ocho días después, estaban otra vez reunidos los discípulos en el mismo lugar y con ellos Tomás. Entró Jesús, a pesar de

estar cerradas las puertas, y puesto en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo, y trae tu mano y métela en mi costado; y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás: Señor mío, y Dios mío. Díjole Jesús: Tomás, porque me viste, creíste; bienaventurados aquellos que sin haber visto creyeron. Muchos otros milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengais vida eterna en virtud de su nombre.

SAN JUAN, XX.

EL ECO DEL PASTOR

No tendrá muchos imitadores, mis amados fieles, Santo Tomás en dejar todas sus cosas y seguir a Cristo. Menos aún en ir a evangelizar a los países más remotos y sufrir por esto el martirio. Pero tiene bastantes, por desgracia, en la incredulidad con que nos lo muestra el evangelio de hoy.

Todos quisiéramos, como él, meter el dedo en los agujeros de los clavos de Cristo y la mano en la abertura de

su costado, para exclamar plenamente convencidos: *¡Señor mío y Dios mío!* Pero oigamos cómo reprende el Salvador la incredulidad de su apóstol: *Porque me viste, creíste; bienaventurados los que sin ver creyeron.*

El convencerse de la verdad de lo que se vé no es fe. La fe se funda siempre en un testimonio externo; es fiarse en la veracidad de los que nos aseguran una cosa que no vemos. En el caso concreto de la religiosidad, es creer lo que Dios ha dicho, aunque no lo comprendamos. ¿Podremos quejarnos de que Dios nos pide más de lo razonable? *Si damos crédito al testimonio de los hombres, más valioso es el testimonio de Dios* (1.^a Joan. V—9.) Tengamos siempre en cuenta que la fe no es un convencimiento irresistible de nuestra inteligencia. Si así fuera, no tendría mérito alguno. La fe es un obsequio de nuestra voluntad, una humillación de nuestro orgullo ante la majestad de Dios; aunque desde luego muy razonable.

No tentemos a Dios, carísimos fieles. No pretendamos que se aparezca visiblemente a cada uno de nosotros ¿No hizo ya suficientes prodigios para probar la verdad de su Doctrina? Creemos sin ver y seremos bienaventurados, como él mismo nos asegura. En caso contrario, para nosotros será la desventura; él nada pierde.

VUESTRO PÁRROCO

¿POR QUÉ?

—¿Por qué han de gozar los malos Mientras padecen los buenos?

Contéstame a esa pregunta, Porque yo no lo comprendo.

—Yo tampoco lo comprendo;

Más, si lo quieres saber, Búscame *el día del juicio* Y allí te contestaré.

SAJ.

LA PASTORAL DEL PRELADO

II

La religión y la manera de vivir

La religión es un derecho de Dios sobre el hombre, que nace de ser su criador; y por consiguiente una obligación en el hombre, que arranca de su misma naturaleza por ser criatura de Dios. Por tanto, la naturaleza humana sin religión está mutilada en su aspecto moral, que es el más noble; le falta Dios, término y complemento de sus aspiraciones a una perfección ilimitada, al cual se acerca por un continuado homenaje de adoración, gratitud, oraciones, sacrificios y aspiraciones por sus pecados, actos que constituyen el conjunto de sus deberes para con el criador.

Todo esto, aunque lo dicta la razón natural, llegó a ser desconocido o adulterado con errores, supersticiones y hasta crímenes. Y Dios proveyó por medio de varias revelaciones y, en la plenitud de los tiempos, mandando a su mismo Hijo, de quien dió testimonio diciendo: *Este es mi Hijo muy amado... oídle.* Desde entonces, la religión verdadera es la fe en Jesucristo, en su doctrina y en sus obras, contenidas en la Iglesia por él fundada como maestro infalible, y al mismo tiempo el cumplimiento de sus mandatos, que se reducen en síntesis a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

El examen práctico que cada uno debe hacerse respecto a su estado en orden a la religión, debe abarcar estos tres puntos: sus creencias, su moral, que todo debe ser conforme a lo enseñado por Cristo y transmitido por la Iglesia, y el culto público y privado que tributa a Dios, culto de humildad, de reverencia, de gratitud, de expiación y sobre todo de amor; amor a Dios, supremo bien, y

al prójimo, participación de su bondad.

Que están muy equivocados los que piensan tenerlo todo en materia de religión, porque creen de una manera inconsciente y practican algunas ceremonias externas o se desprenden de algunas monedas en las funciones llamadas benéficas. Que se examinen seriamente por los puntos antes indicados, y respecto a la caridad del prójimo, que vean si sienten y procuran remediar, no sólo las necesidades corporales, sino también y principalmente las espirituales, la ignorancia y el pecado. Y si quieren profundizar algo más, que se pregunten qué concepto tienen acerca de la Iglesia y cómo siguen sus preceptos y orientaciones, y es fácil que puedan convencerse de que les falta mucho para poder llamarse con toda propiedad hombres religiosos. Aún fijándose sólo en los actos externos ¿podrán llamarse cristianos, ni mucho menos católicos, los que no oyen misa, ni confiesan, ni comulgan, ni santifican el día del Señor? Estas defecciones manifiestan bien a las claras que los que las padecen tienen la fe dormida y el santo temor de Dios huyó de su corazón.

¿Y cuáles son los abusos que los han conducido a tan lastimoso estado, que bien puede decirse que es la antesala de su total e irreparable ruina?

La religión es la expresión más completa de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello; y como el concepto que cada uno tiene de estas cosas transcendentales depende de su manera de vivir, de ésta también depende el concepto de la religión. Una vida desordenada cierra automáticamente las puertas del alma a los esplendores de la religión; en cambio, una vida honesta prepara al hombre a recibir las influencias de la gracia y los fundamentos de la fe. No es, pues, la incomprensión de los dogmas la que aparta de la religión a la

mayoría, sino la manera de vivir, contraria a los preceptos morales que de los dogmas se deducen. Suprimid algunos preceptos del Decálogo, y la religión sería fácilmente aceptada por todos. Y eso es lo que vienen a hacer los que no llevan vida del todo arreglada, forjarse una religión que se avenga con su conducta, para excusar su proceder y engañarse a sí mismos, procurando acallar los remordimientos de la conciencia.

Vamos a ver más en concreto qué desórdenes son los que contribuyen a la irreligión de los hombres.

~~~~~

**El que no cree más que lo que vé, no puede saber siquiera dónde, cuándo ni de quién nació.**

~~~~~

¡A comulgar, papá!

¿Veis ese niño tan pequeñuelo,
boca de risa y ojos de cielo
y habla más dulce, más que la miel?
¡Quién sospechara que su cariño,
lo que a su padre le dice el niño,
causa en su padre llaga cruel!
—¡Qué dicha, oh padre, quién lo creyera!
Jesús mañana, Jesús me espera...
¡Dicen que puedo comulgar ya!
¡Soy el primero del catecismo!
¡Mañana, oh padre, mañana mismo,
a este mi pecho Jesús vendrá!
—¡Ángel hermoso de mis amores,
bálsamo santo de mis dolores...
pureza en germen, virtud en flor...!
—Un favor pido para este día..
—¡Oh, quién gozara de su alegría!
¡Qué alma tan pura!
—¡Sólo un favor!
Pero primero dime..
—Te escucho.
—¿Tú has comulgado?
—¡Sí, ya hace mucho!
—¡Mucho!
—¡Bastante...!
—¿Cuanto?
—No sé.
— Si es el sagrario fuente del cielo,
¿por qué no buscan siempre consuelo

En él los hombres, por qué?

—¿Por qué?
(¡Qué ojos tan puros, tan candorosos!)

Los buenos niños no son curiosos.

—Saber no es malo.

—¡Ya lo sabrás..!

(¡Oh Dios, que nunca turbe su calma del vicio el hálito, ni que su alma roedor gusano sienta jamás!)

—Pero ¿qué tienes, padre querido?

¡Estás tan triste, tan distraído!

—Sí... ya te escucho...

—No me oyes, no!

Y no te alegras como quisiera porque mañana, por vez primera, ¡por vez primera comulgo yo!

—Oh sí, me alegro, y al Dios bendigo que en lazo estrecho se une contigo.

—Pues bien..

—¿Qué quieres?

—Escúchame.

Mañana... quiero verte a mi lado.

—Mira... ¡estoy siempre tan ocupado!

—Pero mañana... —Mañana... iré.

—¿Irás...? ¡Oh padre! Dios te bendiga.

Esa promesa también te obliga...

—Pues... a ir tan sólo y nada más.

—Para hallar fuerzas en tu camino, tú necesitas manjar divino.

Conque... conmigo comulgarás.

—(¡A que en un brete por fin me pone!)

Pero hijo, piensa que eso... supone,

eso supone... la confesión.

—¿Y hay mal en ello?

—No... no...

—Pues luego, padre querido, cede a mi ruego.

—¡Si tú me dices la absolución!

—¡Ah, yo no puedo, tú bien lo sabes,

otro del cielo tiene las llaves,

y otra... la Estrella pura del mar.

¡A ella, a la Virgen, pediré tanto!

Que oirá mis súplicas, verá mi llanto...

—(¡Vamos, al cabo me hará llorar!)

—Padre del alma, si yo Dios fuera,

perdón y gracia y amor te diera.

Y... ¡soy un niño, y Dios... es Dios!

No temas, padre, que Dios es bueno...

—Hijo del alma, ven a mi seno.

¡Comulgaremos juntos los dos!

JULIO ALARCÓN Y MELÉNDEZ, S. J.

¿Podrá darse presunción más estúpida que el pretender que Dios haga un milagro para cada uno de los que han de creer?

LA PRIMERA COMUNIÓN

El domingo próximo tendrá lugar en esta Iglesia parroquial el acto más tierno y conmovedor de todo el año, la primera Comunión. Este año tendrá aún más realce, por ser, no sólo de niñas, sino también de niños. Aunque en el principio causara penosa impresión para muchos la disposición del Prelado disolviendo los Catecismos consagrados por exuberante vida de más de media centuria, ya se va viendo cuánto contribuye esto a intensificar la vida parroquial, elemento indispensable y único para la constitución gerárquica de la Iglesia.

A esta comunión deben concurrir, no sólo los que la hacen por primera vez, sino todos los niños y niñas que ya comulgan. Para que puedan confesarse cuantos lo deseen, estaremos el sábado varios confesores desde las cinco de la tarde. Y muy bueno será también que asistan los niños y niñas de perseverancia a los ejercicios que se dan durante esta semana, con objeto de que vayan convenientemente preparados.

¡Y qué ocasión más excelente se presenta también a los padres que tal vez sean morosos en el cumplimiento de los deberes eclesiásticos! Un buen padre no debe dejar de acompañar a su hijo en el momento más solemne de su vida. Tratárase de un banquete al que se le invitara a asistir con su hijo, y no faltaría, no, a la cita. ¿Por qué ha de faltar a esta invitación de Cristo, llamándose cristiano...? ¿Por qué... por qué...?

Por no asustar al doliente

No le hablan de Sacramento;

Más no se van con remilgos

Para que haga testamento.